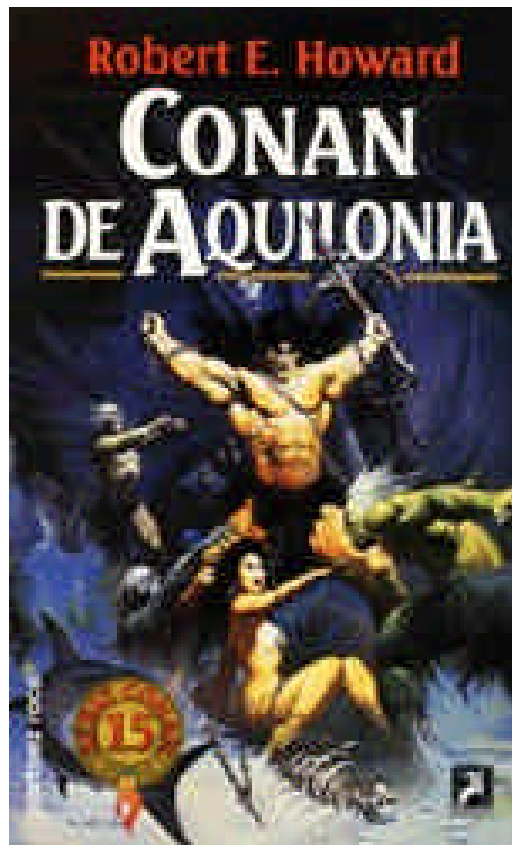


Conan de Aquilonia

Robert E. Howard

*Introducción de
L. Sprague de Camp y Lim Carter*



INTRODUCCIÓN

De todos los héroes de la fantasía heroica, el más poderoso, viril y musculoso es sin duda Conan de Cimmeria. Conan fue creado por Robert E. Howard (1906-1936), que nació en Peaster, Texas, pero pasó la mayor parte de su corta vida en Cross Plains, una ciudad del centro de la misma Texas. Durante la última década de su vida, Howard escribió y publicó una gran cantidad de relatos de ficción menores (lo que los norteamericanos llaman *pulp fiction*) de diversos géneros: deportivos, de detectives, del Oeste, histórico, de ciencia ficción, relatos fantásticos, y cuentos de misterio y de fantasmas. A los treinta años de edad puso fin a una prometedora carrera literaria suicidándose. Howard es uno de los ocho autores de relatos fantásticos cuyas ventas han superado el millón de ejemplares, pero, por desgracia, el éxito le llegó después de su muerte.

Howard era un narrador nato, cuyos relatos no han sido superados en cuanto a realismo, interés y dinamismo de la acción. Sus héroes —el rey Kull, Conan, Solomon Kane— tienen carácter mítico: se trata de hombres de músculos poderosos, pasiones ardientes y voluntad indomable, que imponen su personalidad en las historias que protagonizan. Representan el polo opuesto del antihéroe que se ha vuelto tan popular recientemente.

Howard escribió varias series de relatos de fantasía heroica (también llamados de «espada y brujería»), publicados en su mayor parte en *Weird Tales*. Esta revista apareció entre 1923 y 1953, y en tiempos de Howard era la única publicación que daba salida a la literatura fantástica. De las diversas series de relatos de fantasía heroica que publicó, la más larga y popular fue la protagonizada por Conan. Dieciocho relatos de Conan, desde un cuento corto de 3.000 palabras hasta una novela de 66.000, aparecieron en vida de Howard.

A partir del año 1950 se encontraron entre sus papeles otras ocho historias, desde manuscritos completos hasta simples fragmentos y esbozos. Por ser uno de los descubridores, he publicado algunas historias inéditas de Conan y he reescrito cuatro relatos de aventuras de Howard, también inéditos, convirtiéndolos en historias protagonizadas igualmente por Conan. Mi colega Lin Carter y yo, juntos o por separado, hemos completado las historias inacabadas. Además, y para llenar algunas lagunas existentes en la legendaria saga del cimmerico, Björn Nyberg, Un Carter y yo hemos escrito algunas historias originales, tal como creemos que las hubiera escrito Howard en caso de haber vivido.

A los lectores que deseen saber más acerca de Conan, de Howard y de la fantasía heroica en general, les recomendamos que lean los demás libros de esta colección dedicados al cimmerico, especialmente mi introducción al primero de estos volúmenes titulado *Conan*. De las obras allí enumeradas, tanto de Howard como de otros autores de fantasía heroica, algunas se consiguen sin dificultad, mientras que otras sólo se podrán encontrar buscándolas especialmente.

También existe una publicación periódica en Estados Unidos que se ocupa de estos temas; se trata de la revista *Amra*, editada por George H. Scithers, Box 8243, Filadelfia, Pa., 19101. *Amra* es el órgano de la Legión Hiboria, un grupo de admiradores de la fantasía heroica en general y de las historias de Conan en particular. *Amra* otorga el título de Legionario Hiborio a sus suscriptores. Jack L. Chalker, 5111 Liberty Heights Av., Baltimore, Md., 21207, ha publicado tres libros de artículos, poemas y ensayos aparecidos en *Amra: The Conan Reader* (El lector de Conan), *The Conan Swordbook* (El libro de la espada de Conan) y *The Conan Grimoire* (El grimorio de Conan).

Según Howard y sus colaboradores póstumos, Conan vivió, amó y luchó hace unos doce mil años, ocho mil después del hundimiento de Atlantis y siete mil antes de los comienzos de la historia escrita generalmente aceptada. En esa época, de acuerdo con las suposiciones de Howard, la parte occidental del continente principal estaba ocupada por los reinos hiborios. Éstos formaban una constelación de estados creados unos tres mil años antes por invasores venidos del norte —los hiborios— sobre las ruinas del imperio maligno de Aquerón. Al sur de los reinos hiborios se hallaban las ciudades-estado de Shem. Más allá de Shem dormitaba el antiguo y siniestro reino de Estigia, rival y aliado de Aquerón en los días del sangriento apogeo de este último. Más al sur todavía, allende los desiertos y las sabanas,

se hallaban los salvajes reinos negros.

Al norte de los hiborios se encontraban las tierras bárbaras de Cimmeria, Hiperbórea, Vanaheim y Asgard. Al oeste, a orillas del océano, moraban los fieros pictos. Hacia el este resplandecían los reinos de Hirkania, de los cuales el más poderoso era Turan.

Conan fue un gigantesco aventurero bárbaro que se abrió camino luchando, viviendo y amando por gran parte de este mundo prehistórico. Hijo de un herrero de la parte más desolada y atrasada del norte de Cimmeria, atravesó ríos de sangre y venció a enemigos tanto naturales como sobrenaturales para ascender finalmente, a la edad de cuarenta y un años, al trono de Aquilonia, el reino más poderoso de Hiboria.

Habiendo madurado y sentado cabeza bajo el peso de las responsabilidades, Conan desbarató intrigas internas y rechazó invasiones del exterior. Había sido un mujeriego, pero se casó y vivió felizmente con una mujer a la que convirtió en reina. Ésta le dio una numerosa descendencia. El mayor de sus hijos me un varón llamado también Conan, pero más conocido por el apodo de «Conn».

En este libro se relatan las aventuras de Conan y de Conn que se desarrollan entre *Conan el Vengador*, donde el guerrero recupera a su reina de las garras del mago Yah Chieng, y *Conan de las Islas*, donde el monarca, algo envejecido, abdica del trono para lanzarse a su última gran aventura en el desconocido Oeste. En el momento en que sucede esta historia, Conan tiene casi sesenta años. De no ser por las cicatrices de muchas peleas y batallas que marcan su poderoso cuerpo, representaría mucho menos edad de la que tiene. Su melena de negros cabellos, gruesos y lacios, así como el fiero bigote, que lleva como deferencia a las costumbres de Aquilonia, están ya teñidos de gris, y su piel se ha apergaminado. Pero aun cuando se muestra algo más rígido y lento que en su juventud, la fuerza de sus poderosos músculos es mayor que la de dos hombres corrientes.

LA BRUJA DE LAS BRUMAS

1. La cosa que huía

Oculto por una espesa cerrazón, el sol se acercaba a la línea del poniente. En los claros del bosque, el cielo nuboso parecía colgar como una arrugada manta de lana sucia. Densas volutas de vapor se difuminaban como fantasmas errantes entre los húmedos y negros troncos de los árboles. Las gotas de agua de las recientes lluvias caían acompasadamente sobre los montones de hojas otoñales que yacían sobre el suelo, y cuyos colores escarlata, dorado y bronce se iban desvaneciendo con el atardecer.

Precedido por un apagado ruido de cascos y crujir de cueros, así como por el rechinar de pertrechos, apareció en un claro de la espesura ya casi sombría un fornido corcel. Con el movimiento de sus patas agitaba la niebla y la dispersaba, y aparecía a la vista un gigante de anchas espaldas montado sobre la grupa, que atenazaba con sus poderosas piernas los flancos del animal. El hombre ya no era joven, pues el tiempo había teñido de gris su negra cabellera, así como los poblados bigotes que sobresalían a ambos lados de una boca de apretados labios. Los años habían trazado profundas arrugas en sus mejillas. Tanto el rostro de enérgicas facciones y cuadrada mandíbula, como los antebrazos, cuyos fuertes músculos sobresalían cual cordajes, dejaban ver cicatrices que eran reliquias de numerosas peleas y batallas; pero la firmeza con que se sentaba sobre la montura, el talante presto y sus rápidos reflejos engañaban acerca de su edad.

Por unos momentos, el corpulento jinete permaneció inmóvil sobre su caballo, que jadeaba con la boca llena de espuma. Por debajo de las alas de un sombrero de guardabosque, cuyo fieltro estaba manchado de sudor, escudriñó con mirada penetrante el claro cubierto de neblina, mascullando sordas imprecaciones.

Si alguien lo hubiera observado, podría haber confundido al fornido gigante con algún bandolero, en tanto que no reparara en que la ancha y pesada espada que colgaba de su cinto ostentaba en su empuñadura una joya de inmenso valor, y que el cuerpo de caza que llevaba en bandolera era de

marfil, con filigranas de oro y plata. En efecto, se trataba del rey de Aquilonia, soberano del reino más rico y poderoso del Oeste. Su nombre era Conan.

De nuevo estudió con su feroz mirada el claro que la niebla envolvía. La pálida luz no le permitía ni siquiera a él interpretar las huellas de las recientes pisadas de caballos sobre la húmeda maraña de hierba, aun cuando se veían ramas rotas y hojas caídas en desorden.

Conan echó mano al cuerpo y se lo llevó a los labios para dar el toque de llamada a los perros, pero en ese momento sus oídos percibieron el galope de un caballo. Poco después, una jaca gris cruzaba la maleta que rodeaba el claro. Un hombre de edad madura, pero más joven que Conan, cuyos ojos oscuros brillaban en su rostro moreno, encuadrado por un lustroso cabello negro, salió de la espesura y saludó al rey con cierta familiaridad.

Al primer ruido de ramas, la mano de Conan, instintivamente, aferró el puño de la espada. Si bien no había razón para que se sintiera amenazado en aquel sombrío bosque que se encontraba al norte de Tanasul, los hábitos de toda una vida no se pierden fácilmente. Luego, al observar que el recién llegado era uno de sus antiguos camaradas y fervientes partidarios, se relajó su porte. El hombre más joven dijo:

—No se ve ninguna señal del príncipe a lo largo del sendero, Majestad. ¿Habrás galopado el muchacho por delante de nosotros, siguiendo las huellas del ciervo blanco?

—Es más que probable, Próspero —gruñó Conan—. El muy tonto ha heredado la testarudez de su progenitor. Le vendrá bien tener que pernoctar en la selva, especialmente si vuelven a caer estas condenadas lluvias.

Próspero, general poitano de los ejércitos de Conan, disimuló cortésmente una sonrisa maliciosa. El fornido aventurero cimmerico había subido, por fortuna, por el destino o por algún fiero capricho de su dios del norte, al trono del reino más civilizado y brillante del Oeste. Aún conservaba el temperamento explosivo de su primitivo pueblo, así como su carácter indómito, y su hijo, el príncipe Conn, al que ahora buscaban, se convertía, a medida que iba creciendo, en la viva imagen de su padre. El muchacho tenía cara hosca, de pocos amigos, el mismo cabello negro y fuerte, abultados músculos, y el mismo desprecio por el peligro.

—¿Debo llamar al resto de la comitiva, señor? —preguntó Próspero—. No sería bueno dejar perdido en el bosque durante la noche al heredero del trono. Podemos separarnos haciendo sonar nuestros cuernos...

Conan se quedó pensativo, retorciéndose el bigote. A su alrededor se extendía la densa selva del Gunderland oriental. Pocos conocían los senderos de aquellos bosques salvajes. El aspecto de las nubes pronosticaba que las lluvias nocturnas de un otoño temprano pronto les caerían encima, empapando la espesura con chaparrones fríos e interminables. El rey lanzó una breve carcajada.

—¡Déjalo, hombre! Esto será parte de la educación del muchacho. Si tiene madera de rey, mojarse un poco y pasar una noche al raso no le hará ningún daño; por el contrario, le servirá de experiencia. Cuando yo tenía la edad de ese cachorro pasé muchas noches a la luz de las estrellas en los páramos desiertos y en los barrancos de las sierras de Cimmericia. Volvamos al campamento. Hemos perdido al ciervo, pero tenemos el jabalí, y las botas del buen vino tinto de Poitain acompañan bien el cerdo asado. ¡Estoy muerto de hambre!

Horas más tarde, con el vientre lleno y el espíritu liviano tras múltiples libaciones de vino, Conan se acomodó junto a una reconfortante hoguera encendida en el campamento. Envuelto en un montón de pieles, tal vez algo afectado por el vino, el corpulento Guilaime, barón de Imirus, roncaba alegremente. Unos cuantos cazadores y cortesanos, cansados por la larga cacería, también dormían acostados en sus toscos lechos. Otros se agrupaban junto al fuego.

El cielo se había despejado, y una luna casi llena y glacial brillaba con luz pálida entre la niebla que se disipaba. No había vuelto a llover, y al despejarse el cielo se desencadenó un viento frío y penetrante que arrancaba las hojas otoñales de sus ramas.

El vino había desatado la lengua del Rey, de tal modo que siguió perorando con la cara algo

congestionada por los reflejos del mego. Iba contando, uno tras otro, chistes obscenos y anécdotas de su larga vida pródiga en aventuras, pero Próspero notó que de vez en cuando callaba, silenciando a los demás con la mano en alto para escuchar si se oía algún distante galope de caballo o para escrutar la oscuridad de la selva con la atenta mirada de sus fogosos ojos azules. Conan estaba mucho más preocupado por la ausencia del príncipe Conn de lo que sus palabras dejaban traslucir. Una cosa era encogerse de hombros afirmando que la experiencia sería saludable para el adolescente, y otra muy distinta pretender indiferencia cuando el chico, que sólo tenía doce años, podía estar tendido bajo un húmedo matorral, con una pierna rota, en la oscura noche.

Próspero pensó que tal vez Conan se sintiera culpable, cosa rara en el salvaje, pendenciero y semicivilizado rey-guerrero cimmerico, ya que la cacería en Gunderland había sido idea del propio bárbaro. Su reina, Zenobia, había enfermado tras un parto prolongado, y había dado a luz a su tercer vástago, una niña. Durante los meses de su lenta recuperación, Conan permaneció con ella todo el tiempo que sus obligaciones reales le permitieron. Al sentirse desatendido, el chico se volvió hosco y esquivo. Cuando Zenobia hubo recuperado gran parte de sus fuerzas, y pareció que la muerte apartaba sus negras alas de palacio, Conan sugirió pasar algunas semanas junto a Conn acampando y cazando, con la esperanza de acercarse nuevamente a su hijo.

Y el testarudo mozalbete, excitado por su primera cacería de adolescente, se había alejado solo a caballo, se había internado en el bosque, que desconocía, y sobre el que se cernía la oscuridad de la noche, en una loca persecución del escurridizo ciervo blanco que ellos habían intentado cazar durante horas sin el menor éxito.

Al despejarse el cielo, aparecieron las titilantes estrellas; el viento que empezaba a soplar gemía entre las ramas, mientras las hojas secas crujían como pisadas por pies furtivos. Conan se interrumpió en el curso de un emocionante relato de piratería y de magia, y oteó la oscuridad con ojos de lince. La gran selva de Gunderland no era el lugar más seguro, ni siquiera en aquella turbulenta época. Bisontes y búfalos, el jabalí salvaje, el oso pardo y el lobo gris acechaban en los senderos del bosque. Y allí también espiaba otro enemigo potencial, el más astuto y traidor de todos: el hombre. Porque los bribones, bandidos y renegados se refugiaban en los bosques cuando la vida en las ciudades se tomaba demasiado peligrosa para ellos.

Lanzando un juramento, el Rey se puso en pie, se quitó su manto negro y lo arrojó sobre una pila de pertrechos.

—Podéis acusarme de tener corazón de mujer, si es que osáis, bastardos —gruñó—, pero yo no me quedo sentado aquí por más tiempo. Con esta luna que ilumina como si fuese de día, si no soy capaz de seguir un rastro, merezco convertirme en un vulgar estigio. ¡Fulk! Ensillad al rojo Ymir; mi caballo está exhausto. Vosotros, pasad la bota de vino por última vez y montad a caballo. ¡Valens! Encontrarás las antorchas en el tercer carro. Distribúyelas y partamos. No dormiré tranquilo antes de asegurarme que mi hijo está a salvo.

Montando de un salto sobre su enorme corcel, Conan musitó:

—¡Ese muchacho! ¡Mira que salir corriendo como un tonto detrás de un venado dos veces más rápido que un pony como el suyo! ¡Cuando lo encuentre, le enseñaré lo que significa para mí tener que abandonar un confortable fuego para dirigirme al frío y húmedo bosque!

Un búho blanco como la nieve revoloteaba en el aire, destacándose contra el contorno de la luna. Conan se estremeció súbitamente, y usaron sus imprecaciones. Negros presentimientos invadieron su alma de bárbaro. Sus antepasados contaban en voz baja extrañas historias acerca de una cosa que huía en la noche... algo parecido a un venado, blanco como un fantasma, y veloz como el viento invernal. Rogó a Crom que aquella fuera una bestia de carne y hueso, y no una cosa misteriosa surgida de abismos ignotos más allá del tiempo y del espacio...

2. Los hombres sin rostro

El joven Conn tenía frío, y estaba mojado y preocupado. La parte interior de los muslos le dolía, irritada por horas de dura cabalgata, y las ampollas le molestaban. También sentía un vacío cada vez mayor en el estómago. Pero lo peor era que estaba perdido. El ciervo blanco había flotado delante de él como un pájaro fantasma que brillara en la oscuridad. En una docena de ocasiones la escurridiza bestia estuvo al alcance de su jabalina. Cada vez que una fría prudencia se sobreponía a la excitación de Conn, el magnífico ciervo, vacilante, inclinaba su orgullosa cornamenta, y una y otra vez la posibilidad de llevarle a su padre tan magnífico premio había incitado al muchacho a alejarse más y más.

Conn frenó su caballo y se detuvo en medio de una espesa maleza, observando la oscuridad a su alrededor. Agitadas por el viento, las ramas crujían y las hojas susurraban, mientras que el follaje ocultaba las estrellas y la luna. No tenía la menor idea de dónde se encontraba, ni siquiera intuía en qué dirección lo había arrastrado el venado, pero sabía que se hallaba mucho más allá de los límites que su padre le marcara. A pesar de su chaqueta de cuero, el muchacho temblaba. Conocía el carácter de su padre; a su regreso, éste le azotaría con un pesado cinturón. Sólo mitigaría el enojo de Conan si volvía triunfante, arrojando el enorme ciervo a los pies de su progenitor.

Conn trató de olvidar el hambre y la fatiga y apretó los dientes con infantil determinación. En aquel momento mostraba un sorprendente parecido con su vigoroso padre: el mismo rostro moreno y ceñudo enmarcado por una negra cabellera, los mismos fogosos ojos azules, el amplio pecho y los hombros de Conan. A sus doce años prometía sobrepasar, al llegar a la madurez, la elevada estatura del autor de sus días, pues ya era más alto que muchos aquilonios adultos.

—¡Arriba, Marduk! —dijo, hundiendo los talones en los ijares de su negro potro.

Avanzaron por la mojada espesura hasta alcanzar un claro cubierto de césped. Al llegar al descampado, el joven Conn distinguió un destello blanco en las tinieblas. El ciervo blanco salió de la oscuridad, como flotando, y con un ágil salto penetró en el claro, justo delante de él. El corazón del muchacho palpitó de gozo, y la excitación de la caza hizo hervir su sangre. Los cascos guarnecidos con herraduras de hierro del pony de Conn machacaron la hierba. Delante de ellos, como un blanco fantasma que se destacara en la húmeda oscuridad, el ciervo saltaba sobre los troncos de los árboles caídos con gráciles brincos, dirigiéndose al extremo del claro, mientras que el príncipe lo seguía muy de cerca.

Conn se inclinó sobre el cuello de su potro, cogiendo con una mano la liviana jabalina. Frente a él, el ciervo resplandecía como un fuego fatuo. Pero al fondo se alzaba un espeso muro de árboles. Conn sabía que el animal tendría que reducir su impulso, o estrellarse contra la barrera.

Sin embargo, en el preciso instante en que tomaba impulso con el brazo para arrojar la jabalina, ocurrió lo imprevisto. El ciervo se disolvió en la bruma, pero ésta, a su vez, se convirtió en una figura humana alta, demacrada, con blancas vestiduras. A juzgar por la nube de ondulante cabello gris que se arremolinaba en torno a su cara huesuda, y tranquila como una máscara inexpresiva, se trataba de una mujer.

El terror se apoderó de Conn. El potro, erguido sobre dos patas, miró con ojos asustados y lanzó un relincho. Luego se calmó y quedó inmóvil, tembloroso. Conn clavó su mirada en los ojos, fríos y verdes como los de un gato, de la cosa-mujer que tenía delante.

Entre ambos reinó un tenso silencio. En ese breve lapso de tiempo, Conn se dio cuenta de que las manos le temblaban y el corazón le latía aceleradamente, y que sentía un sabor ácido en la boca. ¿De modo que así era el miedo? Pero ¿cómo se atrevía aquella mujer-fantasma a enseñarle lo que es miedo al hijo de Conan el Conquistador?

Con un terrible esfuerzo de voluntad, el muchacho aferró la jabalina con dedos temblorosos. ¡Se trataría de un fantasma, bruja o remedo de mujer, el hijo de Conan no demostraría temor!

Los ojos verdes centellearon, y la mujer esbozó una sonrisa burlona ante la imitación que hacía el chico de los gestos de su padre. Luego hizo una lenta señal con su delgada mano. Las hojas crujieron y las ramas cimbrearón.

Conn volvió la cabeza para mirar en derredor, y su firme expresión se demudó al ver las fantásticas formas que surgían por todas partes en el claro.

Eran hombres enjutos como momias, de estatura sobrenatural, más altos que el poderoso Conan; algunos sobrepasaban los seis pies. Iban vestidos con negros ropajes desde el cuello hasta los pies, y llevaban esta vestimenta ajustada al cuerpo como un guante. Se cubrían la cabeza con negros y estrechos capuchones. Sus manos eran huesudas, delgadas y de dedos alargados. Todos ellos llevaban armas sorprendentes, que consistían en varas o bastones de unos dos pies de largo, de madera negra, pulida y resplandeciente. Cada bastón tenía en la punta una bola esférica de un metal plateado y opaco. Dichas bolas eran algo más pequeñas que un huevo de gallina.

Pero fueron sus caras las que llenaron el corazón de Conn de un miedo supersticioso. *¿Porque no tenían rostro!* Debajo de los estrechos y negros capuchones, sus semblantes eran óvalos blancos, lisos y vacíos.

Nadie hubiera censurado al muchacho por haber huido con temor. Pero no huyó. Pese a no tener más que doce años, descendía de un linaje de intrépidos guerreros y mujeres valientes, y pocos de sus antepasados habían vacilado ante el peligro o la muerte. Sus abuelos se habían enfrentado antaño al terrible oso gigante, a los temibles dragones de nieve de los montes Eiglofia y al extraño tigre dientes-de-sable del país de las cavernas. Habían luchado contra aquellas criaturas metidos hasta las rodillas en la nieve invernal, mientras la trémula cortina de luces norteñas titilaba sobre sus cabezas. En aquel instante de peligro, la fuerza de los antepasados bárbaros se adueñó del chico.

La mujer levantó la cabeza y pronunció una corta frase con fuerte acento hiperbóreo:

—¡Ríndete, muchacho!

—¡Jamás! —gritó Conn.

Profiriendo el grito de guerra cimmerico que había aprendido de su fiero progenitor, enristró su jabalina a modo de lanza y, apuntando al más cercano de los hombres sin rostro, de negra vestimenta, picó con las espuelas una vez más a su cansada cabalgadura.

Ningún signo de emoción turbó la vieja cara de la mujer vestida de blanco. Antes de que el potro pudiera dar un brinco, Conn sintió un dolor terrible en el brazo. Jadeando, se dobló sobre la montura. La jabalina cayó de sus dedos entumecidos y golpeó sordamente la húmeda hierba.

Con mágica rapidez, uno de los hombres vestidos de negro se acercó a él y cogió las bridas del caballo con una de sus manos huesudas. Con la otra le dio un certero golpe al muchacho, utilizando el bastón de madera. La bola de la punta le dio a Conn en el hueco del codo. El impacto, dirigido con certera puntería, alcanzó el haz de nervios, debajo de la articulación, y el dolor que sintió Conn le hizo ver las estrellas.

El hombre de negro levantó nuevamente el bastón para asestarle otro golpe, pero la mujer gritó en una lengua desconocida. Hablaba con voz profunda, ácida, metálica y asexuada. Obedeciendo, el hombre sin rostro refrenó el golpe.

Pero Conn no se rindió. Lanzando un grito inarticulado, cogió con la mano izquierda el puño de la cimitarra que colgaba de su talabarte y la empuñó con mano torpe. Los hombres vestidos de negro lo rodeaban ya por todos lados, intentando cogerlo con sus delgadas manos, que asomaban de las negras mangas que cubrían sus brazos.

Conn lanzó una estocada al más cercano. La hoja alcanzó el largo cuello del hombre, y le seccionó la garganta. Con un gemido ahogado, el gigante dobló las rodillas y cayó de bruces al mojado suelo.

Conn clavó las espuelas en las costillas del potro y le dio una orden. El animal lanzó un relincho y retrocedió, al tiempo que los hombres sin rostro aparecían por todos lados. Entonces, el caballo comenzó a arrearles coces con sus herrados cascos. Como fantasmas, los hombres las eludían. Uno de

ellos empuñó su bastón. La bola de éste golpeó la muñeca de Conn con diabólica habilidad, y la cimitarra voló de sus flácidos dedos. Otra de las bolas de metal tocó suavemente la nuca del muchacho. Éste se cayó del caballo, convertido en un montón de huesos privados de fuerza. Un hombre lo cogió en brazos y lo depositó en el suelo, mientras otros dominaban al potro.

La mujer de ojos verdes se inclinó sobre el chico inconsciente.

—Conn, príncipe heredero de Aquilonia, heredero legal del trono de Conan —dijo con voz áspera, y rió con risa seca y apagada.

»Thoth-Amon va a estar contento.

3. Los sanguinarios signos rúnicos

Conan, sentado sobre la montura, y con la espalda encorvada, masticaba ávidamente un trozo de jabalí asado. Se le acercó Eurico, el jefe de los monteros.

El rey se incorporó preocupado, escupió un trozo de cartílago y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿Se sabe algo? —gruñó.

El viejo montero asintió con la cabeza y le extendió un objeto extraño.

—Esto —respondió.

Conan lo examinó cuidadosamente. Era una máscara de marfil delicadamente esculpida para que encajase con exactitud en una cara humana de mandíbulas alargadas, pómulos salientes y mentón estrecho. Lo extraño era que estaba modelada sin facciones, mostrando —salvo en lo relativo a las órbitas— un óvalo liso de marfil pulido hasta los ojos. A Conan no le gustó nada su aspecto.

—Trabajo hiperbóreo —dictaminó—. ¿Hay algo más?

El viejo montero asintió con la cabeza.

—Sangre en la hierba aplastada, pisadas de potrillo y... *esto*.

La fiera mirada de Conan se apagó, y su cara quedó demudada. Era la cimitarra que le había regalado a Conn al cumplir éste los doce años. En la guarnición de plata estaba grabada la corona de príncipe aquilonio.

—¿Nada más?

—Los perros están siguiendo una pista —dijo Eurico.

Conan hizo un gesto de preocupación.

—Cuando hayan descubierto las huellas, haz sonar tu cuerno y reúne a los hombres —ordenó.

El sol se hallaba alto en el firmamento; la hierba olía a mojado; el aire estaba húmedo. Pero nuevamente el rey de Aquilonia se estremeció como si una invisible corriente de aire glacial le soplara en el corazón.

Transcurrió más de una hora antes de que encontraran el cadáver. Había sido enterrado cuidadosamente al pie de una hondonada, debajo de un montón de hojas muertas y de tierra húmeda. Pero los bravos perros, con su singular olfato, lo descubrieron y lanzaron sus clásicos ladridos para llamar a los cazadores.

Conan galopó hasta la parte baja de la hondonada para examinar el cadáver. El cuerpo estaba desnudo. El hombre medía más de seis pies y era sumamente delgado. Su piel blanca parecía de pergamino. Su pelo, también blanco, era muy sedoso. Le habían cortado la garganta.

Eurico se agachó sobre el cadáver cubierto de lodo, olió la sangre e introdujo los dedos en la herida, frotando luego pensativamente las ensangrentadas yemas. Conan esperaba en malhumorado silencio. Finalmente, el viejo se enderezó, limpiándose las manos.

—Todo ha sucedido durante la noche pasada, señor —dijo.

Conan observó el cadáver de arriba abajo, deteniendo la mirada en las alargadas mandíbulas, los pómulos salientes y el estrecho mentón. El hombre era un hiperbóreo: su elevada estatura, su extraña

palidez y el descolorido cabello sedoso así lo indicaban. Los ojos muertos, de color verde, miraban fijamente hacia arriba desde la tierra húmeda en la que yacía.

—Suelta a los perros de nuevo, Eurico. ¡Próspero! Di a los hombres que estén atentos. Nos están llevando hacia algo —dijo Conan.

Continuaron cabalgando juntos. Tras unos momentos, el general poitano carraspeó.

—Señor, ¿creéis que dejaron aposta la máscara y la cimitarra?

—Lo sé perfectamente —dijo Conan con voz ronca—. Lo siento en mis huesos, del mismo modo que un viejo soldado con una pata de palo sabe cuándo va a llover. Allí, a lo lejos, hay una legión de demonios blancos. Tienen a mi hijo en su poder. ¡Y malditos sean, nos están arrastrando hacia ellos!

—¿Hacia una emboscada? —preguntó Próspero.

Conan sopesó la idea en silencio, pero luego negó con la cabeza.

—Lo dudo. Durante esta última hora hemos cabalgado sin inconvenientes, y hemos pasado por tres lugares idóneos para una trampa de esa naturaleza. No, tienen algún otro propósito en la cabeza. Un mensaje, tal vez, que nos espera en el sitio adonde nos conduce la pista.

Próspero se quedó pensando en ello.

—Podría ser que retuvieran al príncipe para exigir un rescate.

—O para emplearlo como anzuelo —dijo Conan, cuyos ojos brillaban como los de una fiera—. Fui una vez cautivo de los hiperbóreos, y lo que sufrí a sus manos no me dio ningún motivo para sentir aprecio por esos esqueléticos demonios. ¡Y lo que yo les hice como recompensa por su hospitalidad no creo que les haya inspirado ningún cariño hacia mí!

—¿Qué significa esa máscara de marfil?

Conan escupió y apuró un trago de vino tibio.

—Es un tenebroso país de demonios. Tierra muerta y estéril, siempre envuelta en una pegajosa niebla y gobernada por el terror puro y maléfico. El culto sobrenatural de los hiperbóreos es practicado por brujos asesinos, vestidos con negros hábitos, que ejercen el poder mediante el terror inspirado por sus misteriosas artes. Matan sin dejar huella y luchan armados únicamente con bastones de madera que llevan en la punta una bola de un metal pesado, gris y raro llamado platino, que abunda en su país. Su reina-sacerdotisa es una vieja mujer; creen que es la reencarnación de su diosa muerta. Los que sirven en sus sórdidas legiones de tenebrosos asesinos someten su mente, cuerpo y voluntad a extrañas disciplinas. Las máscaras son un ejemplo de su fanatismo. Son los guerreros más peligrosos del mundo. Su ciega fe en dioses satánicos los hace inmunes al miedo y al dolor.

Continuaron galopando sin decir más. En la mente de ambos anidaba una terrible imagen: la de un muchacho indefenso, cautivo en un país de fanáticos adoradores de la muerte, cuya reina-bruja alimentaba desde hacía años un odio implacable contra Conan.

Hacia el comienzo de la tarde, los árboles se hicieron más escasos, y la parte oriental de la selva de Gunderland dio paso a páramos cretáceos cubiertos aquí y allá por matorrales de helechos. Se acercaban a los límites de los dominios de Conan. No lejos de aquella zona, se encontraban las fronteras de Aquilonia, Cimmeria, el Reino Fronterizo y Nemedía.

El cielo estaba encapotado, y el aire no presagiaba nada bueno. El viento sacudía los helechos con repentinas y frías ráfagas, y el sol parecía un disco gris, débil y sin calor. Allí lejos, en los páramos, se oían los roncros graznidos de los pájaros. Era una tierra inhóspita y desolada.

Conan marchaba al frente. De pronto, frenó a su asustado caballo y levantó un brazo para que la comitiva se detuviera. Al instante se agachó sobre la montura, observando torvamente el objeto que bloqueaba su camino. Sus hombres fueron desmontando uno a uno y se acercaron para ver qué era lo que Conan había visto.

Se trataba de una jabalina liviana de madera de sauce, del tipo de las que un muchacho podría elegir para cazar un venado. La punta se hallaba profundamente enterrada en los helechos y de su mango sobresalía, enrollado, un rollo de pergamino blanco.

Eurico desató el pergamino con mano ágil y se lo tendió al rey, que seguía montado en su corcel con

cara preocupada. Crujió sonoramente cuando éste lo desenrolló.

El mensaje estaba toscamente garabateado en lengua aquilonia. Conan lo examinó en silencio con rostro adusto y se lo pasó luego a Próspero, que lo leyó lentamente para que lo oyeran los hombres.

El rey debe seguir sólo hasta Pohiola. Si obedece estas indicaciones no se le hará ningún daño al hijo que lleva su misma sangre. Si no cumple con nuestras indicaciones, el niño morirá de una manera imposible de describir. El rey debe seguir el sendero señalado con una mano blanca.

Próspero estudió los torpes garabatos, escritos con caracteres rúnicos, y profirió una exclamación de disgusto. El mensaje estaba escrito con sangre.

4. La mano blanca

De manera que Conan se internó solo en la ciénaga que empezaba en las fronteras de Aquilonia. Lo normal hubiera sido retornar a Tanasul, reunir su ejército y avanzar hacia la brumosa Hiperbórea con todas sus fuerzas. Pero, si seguían aquel proceder, el muchacho moriría a manos de los asesinos. Conan no tenía más remedio que seguir las órdenes anotadas en el rollo de pergamino.

Antes de partir, le entregó a Próspero el anillo con el sello real de oro macizo que llevaba en el pulgar derecho. La posesión del anillo convertía al poitanio en regente del reino hasta el regreso de Conan. Si éste no retomaba, su segundo hijo sería rey de Aquilonia por derecho propio, bajo la doble regencia de la reina Zenobia y de Próspero.

Mientras impartía estas instrucciones, mirando fijamente a los ojos al poitanio, vio con claridad que el fiel militar las seguiría al pie de la letra. Conan dio una orden más. Próspero debía hacer una leva general en Tanasul e ir en su busca invadiendo Hiperbórea y atacando cuanto antes la ciudadela de Pohiola.

Esta orden tenía por objeto darle a Próspero una responsabilidad. Pero Conan sabía que un hombre solo y bien montado podía llegar más lejos y en menos tiempo que toda una tropa a caballo. Él estaría dentro de los severos muros de Pohiola mucho antes de que la fuerza de Próspero se hiciera presente para prestarle ayuda.

Aquella tierra se denominaba Reino Fronterizo. Era una lúgubre planicie de desolados y desérticos páramos que se extendían hasta el opaco horizonte. Aquí y allá crecían árboles nudosos y achaparrados. De las ciénagas brumosas salían aves acuáticas, batiendo las alas. Un viento frío y desagradable soplaba por los grandes cañaverales, haciendo oír su lúgubre sonido.

Conan saltó hacia adelante, con cuidado, pero también con la mayor rapidez posible. Su caballo rojizo Ymir estaba exhausto después de la larga cabalgata nocturna por el bosque, de modo que Conan había cogido el fornido tordo del barón Guilaime de Imirus. El obeso noble era la persona que más pesaba después de Conan, por lo que su caballo de anchos lomos era el único capaz de soportar la mole del gigantesco cimmerico. Conan se había quitado su atuendo de caza y vestía un sencillito jubón de cuero; llevaba una cota de malla a modo de camisa. Se había colocado el ancho alfanje sobre los hombros para tener las manos libres. Del arzón de la montura colgó su gran arco hirkano, unas cuantas yardas de flexible cuerda y un carcaj de flechas con plumas negras. Luego se alejó al galope sin mirar una sola vez hacia atrás.

Al principio siguió un rastro claro, porque los caballos de los hiperbóreos habían dejado sus huellas en el suelo embarrado. Hacía avanzar enérgicamente su caballo, pues deseaba ganar el mayor tiempo posible. Existía la remota posibilidad de que con suerte y la ayuda de Crom pudiese alcanzar a los raptos de piel blanca antes de que llegaran a sus cuarteles de Pohiola.

Muy pronto, el rastro de los caballos hiperbóreos desapareció en un suelo pedregoso. Sin embargo,

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

